

En la muerte de Josep Carner



Josep Carner nació en febrero de 1884, en la calle de Aribau, de Barcelona. Nació en lo que entonces era la Barcelona urbanísticamente evolucionada, rotas las murallas, reciente el triunfalismo higiénico del Plan Cerdá. Carner nació de pie en un ambiente culto y económicamente muy tranquilo, en el que florecían las artes y las letras de la primera *Renaixença*, pocos años antes de la formulación de las Bases de Manresa, piedra angular de la reivindicación política de la nacionalidad catalana. A los quince años, Carner ya era un poeta con cierto renombre y un estudiante insuperable: se licenció en Filosofía y Letras y Derecho en el límite de los veinte años. Eran años de escasa planificación pedagógica y los niños de familias bien alimentadas podían ganar flores en los Juegos Florales a los doce años de edad, como Carner en 1896.

El precoz poeta es un no menos precoz político, ligado a la línea moderada pero progresiva de Prat de la Riba. Hay quien ha hablado de Prat de la Riba, Carner y Pompéu Fabra como los tres pilares de la Cataluña que destruyó la guerra civil. Prat, el constructor-político e ideológico de las razones de una burguesía nacional; Carner, el creador de una lengua literaria, y Pompéu Fabra, el creador de las codificaciones del catalán moderno. El joven Carner maravillaba a propios y extraños con sus juveniles libros de versos, con sus colaboraciones en la revista *Catalunya* (que él dirigía) y en *La Veu de Catalunya*, el portavoz de la Lliga Regionalista. Había quien consideraba un «snob» a aquel joven tan brillante que abandonaba la mezcla de clasicismo y postromanticismo de la poesía catalana de la primera *Renaixença* y pasaba por el simbolismo a velocidad de meteoro para rozar suavemente, con los labios, el canto de una copa del champán modernista. El joven Carner desconcerta a los clasificadores. Unas veces se vuelve hacia una temática tradicional, rural, y formaliza como un poeta costumbrista y festivo. Otras veces capta la impresión fugaz, un reencuentro, una despedida. Parece disponer de

un instrumental lingüístico inacabable, capaz de adaptarse a todo lo poetizable. Son sus compañeros de generación Carles Riba, D'Ors, Guerau de Llovet, Josep M. de Sagarra, López Pico, J. V. Polx, y en cierta manera, aunque no tuviera casi nada que ver con ellos, Salvat Papasseit, el tuberculoso futurista, anarquista, cantor del amor y de la rabia y de la idea. No era este el tono de los jóvenes dorados cubiertos de laurel.

Carner escribe libros de versos, pequeñas piezas teatrales; traduce a Twain, Defoe, Andersen, Molière, Carroll, Dickens, La Fontaine; es cofundador del Institut d'Estudis Catalans, escribe artículos punzantes en la línea Prat de la Riba... Hay una doble vertiente de creador libre y de constructor comprometido de una cultura nacional que será la base opcional de toda su vida y toda su muerte. Cuando desaparece Prat de la Riba, Carner se desentiende un tanto del trasunto civil de la cuestión catalana. Alguien ha dicho que nunca logró entenderse con Cambó.

En 1920 gana unas oposiciones al Cuerpo Diplomático e inicia el exilio diplomático de buena parte de los grandes poetas del siglo: Génova, San José de Costa Rica, El Havre, Hendaia, Beirut y Bruselas, esta es la trayectoria del Carner diplomático. Durante esos veintiocho años de actividad exterior ha seguido escribiendo, ha seguido sosteniendo, desde lejos, la causa nacionalista. La guerra civil fue un «test» para el catalanismo: la alta burguesía, la Cataluña adinerada, cruzó todas las fronteras que conducían a Burgos. Otro sector, pequeño burgués, se quedó en torno a Companys, un tanto asustados por el crecimiento de una extrema izquierda más apta para dar la cara en tiempos difíciles: un extenso sector popular había descubierto en el PSUC, en la CNT o en el POUM instrumentos más eficaces para hacer frente a los acontecimientos.

Carner permaneció imperturbable al timón de su puesto diplomático. Tenía amigos en

Burgos y en Barcelona, y él se mantuvo en Bruselas como representante del Gobierno de Negrín. Al acabar la guerra fue destituido por correspondencia y escogió la ruta del exilio que conducía a México, tras casarse en segundas nupcias con la escritora Emília Nouet, uno de sus mejores exegetas y traductores. Las economías de Carner son precarias, vive de dar clases y de escribir algunos artículos. La poesía le da escaso dinero. Sigue publicando en catalán en Buenos Aires, en Santiago de Chile, y hasta 1953 no aparecerá un libro suyo en Barcelona: *Arbres*. La poesía del Carner de la postguerra está cargada de gravedad, como las *Elegías de Bierville*, de Carles Riba. Nada ha pasado en vano, y por eso el poeta mantiene el exilio, como un último acto testimonial del que lo ha perdido casi todo, menos el derecho a escoger la propia ausencia.

Mientras tanto, Cataluña intenta el reencuentro consigo misma. No están al alcance de la mano hombres como Carner, Benguerel, Agustí Bartra y tantos otros, pero ahí está el relevo de Espriu y la pronta reincorporación de Carles Riba y Pere Quart, o el nacimiento poético del gran Ferrater, ya ultimada la década de los cincuenta.

En 1945, Carner vuelve a Bruselas. Da clases en la Universidad y sigue escribiendo. En 1957 se publican sus obras completas, pero sería un vano intento de poner un broche de oro a una obra que aún no había terminado. Así, en 1963 publicaría *Zoologie*; en 1964, *Bestiari*, y en 1966, *El tomb de l'any*. En 1968 aparecen las ya definitivas obras completas. Una entrevista de Baltasar Porcel nos revela la triste y naturalísima decadencia de Josep Carner octogenario. De vez en cuando aún conserva ramalazos de joven brillante, de aquel joven brillante que a los doce años sorprendió a todos los doctores de todos los templos con una sabiduría que habría de hacer grande, inmortal, a una literatura, último e impercedero argumento de la vida de un pueblo, la sombra que recupera con el sol, al amanecer.

En 1970, Carner vuelve a Barcelona y a Cataluña. Los pueblos a los que él dedicara uno de sus muchos y siempre perfectos poemas le testimonian su homenaje. Las floristas de la Rambla —también tienen su poema— dan un ramo de flores a aquel anciano tan elegante, tan «senyors», que quizá no acaba de entender el acto, pero que sonríe como en la más difícil de las recepciones diplomáticas. En torno a Carner se crea un cierto y absurdo «climax» político. Un destacado poeta dice que era más útil como mito en Bélgica que como personaje real en el aeropuerto del Prat. Nunca apareció en el programa TV *Mare Nostrum*, que se emite una vez al mes en lengua catalana.

Ahora Carner ya está en la casa de los muertos. Antes de marchar, su mujer, madame Nouet, dijo que el poeta pasaría los inviernos en La Garriga y los veranos en Bélgica. Ahora se habla de que su cadáver será trasladado a Barcelona. TVE ha dado un cierto realce a la noticia de su muerte. La paz de los muertos, la paz para los muertos... una vez más, una vez más se comprueba la metafísica de este país de todos los demonios. ■ M. V. M.